

SIMONE DE BEAUVOIR: LOS CUADERNOS DE JUVENTUD

Gloria Comesaña Santalices¹
Universidad del Zulia

RESUMEN

En este artículo analizamos la obra de Simone de Beauvoir *Cahiers de Jeunesse* (1926-1930) haciendo una lectura minuciosa que nos permite poner de relieve una serie de ejes temáticos que vertebran este texto. A través del mismo vemos el surgimiento de la pensadora y mujer adulta a partir de la joven Simone, que va consignando en sus Cahiers sus proyectos, sus pensamientos, sus emociones, la apreciación de sus lecturas y sobre todo un diálogo interior muy auténtico, lúcido, que nos permite ver claramente que, es justamente porque ella había devenido ya Simone de Beauvoir antes de conocer a Sartre, que pudo darse entre ellos este mutuo reconocimiento que los unió. Estos Cahiers, en definitiva, arrojan una nueva luz sobre el conjunto de la vida y de la obra beauvoiriana.

Palabras clave: Cuadernos de Juventud, Simone de Beauvoir, libertad, lucidez, existencialismo.

ABSTRACT

In this article, we analyze the work of Simone de Beauvoir *Cahiers de Jeunesse* (1926-1930) making a meticulous reading that allows us to bring into relief a series of thematic axes that form the spine of this text. Through this, we see the emergence of the thinker and adult woman starting from the young Simone, who goes along recording in

¹Facultad de Humanidades y Educación, Doctorado en Ciencias Humanas, Cátedra Libre de la Mujer. E-mail gmcsantalices@gmail.com

her Notebooks her projects, thoughts and feelings, the appreciation of her readings and above all, a very authentic, lucid interior dialog that lets us see clearly that it is precisely because she had already become Simone de Beauvoir before knowing Sartre, that this mutual recognition that united them could exist between them. These notebooks definitely throw a new light on the whole of de Beauvoir's life and work.

Key words: Notebooks of Youth, Simone de Beauvoir, liberty, lucidity, existentialism.

Culminó el año 2008, en el cual, particularmente las feministas, recordamos el centenario del nacimiento de Simone de Beauvoir, la mujer que impulsó, con su obra *El Segundo Sexo*, el feminismo del siglo XX, dándole además una base filosófica de tremenda envergadura. En el marco de este centenario, se han publicado sus *Cahiers de Jeunesse (1926-1930)*² o *Cuadernos de Juventud*, diarios íntimos iniciados cuando contaba con 18 años y que se extienden hasta el 31 de Octubre de 1930, a sus 22 años. Estos cuadernos son en total seis, del 2 al 7, pues el primero se perdió. La edición, así como el Prólogo, se deben a la hija adoptiva de Beauvoir: Sylvie Le Bon de Beauvoir, y fueron publicados en marzo de este año, aún no tienen traducción al español.

Conociendo casi exhaustivamente la obra publicada de Simone de Beauvoir, así como numerosas biografías y otros textos que han sido dedicados a analizar su obra, esta publicación atrajo de inmediato nuestra atención por una razón fundamental. Estos cuadernos no estaban destinados a ser publicados, lo cual nos garantiza, hasta donde tal pretensión es posible, que estamos leyendo lo que sin ningún tipo de cortapisas la joven Beauvoir sentía, vivía, pero sobre todo pensaba, con esa necesidad casi patológica de ponerlo por escrito, para analizarlo y conocerse mejor hasta en lo más recóndito de su ser. Y en este sentido constituyen un documento de una riqueza excepcional y de un

² DE BEAUVOIR, Simone. *Cahiers de Jeunesse (1926-1930)*, Editorial Gallimard, Paris, 2008.

extraordinario rigor para quienes desean conocer más de cerca lo que está “detrás” de su obra, constituyendo, por decirlo así, la clave de su más auténtica sustancia.

La escritura de esos diarios nace en la joven Beauvoir de la necesidad de encerrarse en su interior y reflexionar cada vez que un dolor, una ruptura, se presentan en su vida, pero también cuando se siente “en exilio”, lejos de lo que fue, o alejada de las opiniones y las acciones de los demás. Por otra parte, como hemos dicho, se trata, tal como lo revelan numerosos fragmentos, de la necesidad de contarse, de analizarse a fondo y de dejar además constancia indeleble de vivencias que son efímeras, sentimientos, sensaciones, emociones que la envuelven y la hacen extasiarse o sufrir ante un paisaje, una calle, una persona, un acontecimiento. A medida que vamos leyendo las páginas, vamos asistiendo al surgimiento, a la autocreación de aquella que está en proceso de convertirse en Simone de Beauvoir, según los documentos oficiales, Simonne Bertrand de Beauvoir.

Este diario, que abarca como vimos cinco años, está redactado con porta-pluma, en cuadernos escolares con cubierta de cartón, enumerados por ella del 2 al 7, con letra casi microscópica. El texto ocupa las páginas de la derecha, en las páginas de la izquierda coloca citas, extractos de sus lecturas, o comentarios añadidos posteriormente. En algunas páginas se encuentran textos seleccionados, mediante un trazo vertical que corre a lo largo de la página, para apoyar la redacción de sus *Memorias de una joven formal*, escritas treinta años después.

1. Inteligencia y trabajo

En estos Cuadernos se revela la enorme capacidad de trabajo de Simone de Beauvoir y su gran inteligencia. Y una gran finura de análisis que va escarbando en lo profundo de sí misma, a través de sus pensamientos, de sus sentimientos y a través de sus lecturas. Y

aunque parezca osado afirmarlo, encontramos frecuentemente en estos textos, afirmaciones filosóficas, en muchos casos existencialistas, de un existencialismo anterior a su conocimiento de Sartre, y sin conceptualizar aún. Como este fragmento:

*Pero yo, ¿quién soy? Mi unidad no viene de ningún principio, de ningún sentimiento al cual yo subordinaría todo: ella no se hace sino en mí misma. No puedo definirme ni clasificarme: mi gusto por la nitidez se acomoda poco (de ello), sin embargo, detesto las etiquetas. No, verdaderamente; lo que amo (o me gusta?) por encima de todo, no es la fe ardiente y el gran acto simple que me conmueven sin embargo, con un respeto admirativo; son los impulsos rotos, las búsquedas, los deseos; son las ideas sobre todo, es la inteligencia y la crítica, los cansancios, las derrotas. Son los seres que no pueden dejarse engañar y que se debaten para vivir a pesar de su lucidez.*³

¿Quién podría decir, una vez leído esto, cuánto de las ideas que luego desarrollará Sartre, magistralmente, por cierto, vienen de él y cuáles de ella? Este otro fragmento, que nos parece muy importante, y por ello citamos in extenso, va también en ese sentido.

Y esas preocupaciones metafísicas que ayer en la noche durante la cena me hacían de nuevo tan perfectamente ausente, el banal asombro ante lo dado ante lo que es y podría, parece, no ser: hay yo, hay estos muelles del Sena inmóviles. ¿Por qué alguna cosa es inmóvil? ¿Por qué veo, siento? Esta civilización, estas casas, ¿por qué ellas y no otra cosa? ¿Cómo ellas? ¿Cómo yo? sobre todo ¿cómo esta adaptación entre ellas y yo? ¡Oh! ¡Este problema de la sensación y de la razón, de las relaciones entre nosotros y el mundo! ¡Tan absurdo, tan exasperante! ¿Debido a qué armonía preestablecida, de qué azares, me encuentro

³ Ibídem. P. 323. La traducción de todos los textos ha sido realizada por quien esto escribe.

*en un quinto (piso) de la calle de Rennes, ante una hoja de papel? ¡Ah! este sentimiento de ser el sueño de alguien, apenas un posible, un punto en el infinito, un punto que no sabe cómo está colocado allá, que no sabe nada, que no comprende nada. Y luego esta certidumbre de que hay una solución simple, evidente, y que sin embargo desde hace dos mil años los hombres se rompen la cabeza sin llegar a descubrirla: como un movimiento de prestidigitación cuyo truco es infantil, pero que uno no adivina.*⁴

Aunque parezca un poco atrevida nuestra interpretación, creemos encontrar en este fragmento, algo así como esa náusea existencial que produce en el personaje de la obra del mismo título,⁵ la gratuidad de la existencia, o como lo expresa la joven Beauvoir, ¿cómo explicar que lo dado sea, si podría no ser? Esto nos recuerda también el final de *¿Qué es Metafísica?*,⁶ de Heidegger, donde éste se pregunta: *¿Por qué hay ente y no más bien nada?*⁷ Ninguna de estas obras había sido escrita para el momento en que la joven Beauvoir se hace estas reflexiones. Y repetimos, no pretendemos afirmar que a sus dieciocho años Simone de Beauvoir haya elaborado algunos de los conceptos clave del existencialismo contemporáneo, pero no cabe duda de que se ha acercado a ellos, a pesar de que sus estudios y lecturas para aquel momento, la ubicaban más bien en esa especie de idealismo y de racionalismo de la filosofía francesa de la época.

Apenas unas líneas más abajo de la cita anterior, encontramos unas afirmaciones que nos permiten comprender la fascinación con que va a recibir, dos años después, la filosofía de la contingencia de la que Sartre le habla con frecuencia desde el comienzo de su amistad, así como la relativa facilidad con la que asume la explicación de Sartre

⁴ Ibídem. P. 198. Lo que está entre paréntesis es una aclaración que hacemos para que se comprenda que Beauvoir habla del apartamento en que vivían en un quinto piso de la calle de Rennes.

⁵ SARTRE, Jean Paul. *La Náusea*. Editions Gallimard, Paris, 1973.

⁶ HEIDEGGER, Martin. *¿Qué es Metafísica?*, Editorial Siglo Veinte, Buenos Aires, 1970.

⁷ Ibídem. P 112.

según la cual el amor entre ellos era necesario, mientras que las demás relaciones que tuviesen con otras u otros, serían contingentes.

Hay una cosa, la única en el fondo, por la cual me amo: es el carecer totalmente de lo que algunos llaman el buen sentido, el ser incapaz de referir un acto a una regla arbitrariamente puesta fuera de mí, cómo decir: en el sentido fuerte de la palabra existir, nada existe para mí sino lo que es sentido profundamente por mí—decir que actué únicamente por impulsos no sería del todo justo, porque mis actos son reflexionados muy interiormente, con una completa originalidad, como si nadie antes que yo hubiese vivido y que toda situación, todo sentimiento fuese virgen; esto es extremadamente profundo, va más allá de un banal desdén de las convenciones, es una necesidad de no vivir sino en lo necesario. “¡Cuán bella es mi vida, de novedad, de sinceridad, de necesidad!”⁸

Su capacidad de trabajo y su inteligencia le permiten a la joven Beauvoir culminar en tres años siete certificados de licenciatura, venciendo a Merleau Ponty en Filosofía general, y alcanzando a Sartre en la agregación, quedando de segunda después de él (que le lleva tres años de adelanto). Ella lee toda clase de autores, sobre todo literatura y filosofía, y considera que lo que lee la transforma. Pero no es una persona cerebral, una intelectual fría. En ella, la inteligencia va unida a una gran sensibilidad, incluso sensualidad, apasionamiento y emotividad, que funcionan como un todo orgánico unidos a su razón. En algún momento llega a escribir que siente una *borrachera intelectual*, o que *comprender algo racionalmente le proporciona una sensación de voluptuosidad*. Para ella vivir y pensar son la misma cosa.

⁸ DE BEAUVOIR, Simone: *Cahiers de Jeunesse*, op. cit. p. 199. Aquí la primera vez que traducimos necesidad, Beauvoir escribe besoin, la segunda vez escribe nécessaire, y luego nécessité. En ambos casos, la traducción es la que hacemos, pues no sería correcto traducir besoin por otra palabra, sin embargo, nécessité expresa algo más urgente y apremiante que besoin. Por otra parte, está claro que aquí, y en sentido filosófico, la autora opone lo necesario a lo contingente, aquello que puede ser o no ser.

Pero esta joven devoradora de libros, que puede pasarse un día entero leyendo y escribiendo, y que para ello ama la soledad física, la tranquilidad, el momento de la reflexión, es además una muchacha muy sociable, que cultiva sus amistades. Entre esas amistades de los primeros tiempos, cuatro permanecerán para ella a lo largo de su existencia, aunque a algunos, como a su amiga Zaza la muerte se la haya arrebatado muy tempranamente. Los otros son Stépha Avdivovitch, René Maheu, que llegó a ser director de la UNESCO, y Maurice Merleau Ponty. Con Stépha vive una amistad muy sensual, tratando de conocer un mundo muy distinto al de la joven formal que siempre había sido. Maheu, con quien vive una amistad amorosa sin ir más allá por razones que ambos respetan, es quien la da el sobrenombre que permanecerá, Castor, porque Beauvoir se la parece al inglés Beaver, castor, y porque los castores andan siempre en bandas y trabajan muchísimo, tal como ella hace. Años después, sus más íntimos, comenzando con Sartre, seguirán siempre llamándola Castor, el Castor, en una curiosa masculinización del sobrenombre.

Y por último Zaza, Elisabeth Lacoin. Se habían conocido en el curso Desir, ambas tenían diez años. Desde entonces, si no estaban juntas en vacaciones, se escribían constantemente. En varias estadias de la joven Simone en el lugar de vacaciones de la familia Lacoin, su amistad se hace más fuerte, más íntima. Zaza deviene novia de Merleau Ponty, a quien su familia rechaza, porque es un intelectual y de familia poco notable. Al final, Zaza, llena de terribles contradicciones e incapaz de desobedecer a su familia, sucumbe a una enfermedad fulminante. Esta pérdida afectará muchísimo a la joven Beauvoir, que deja constancia de ello en las últimas páginas de su último cuaderno:

Zaza. No puedo soportar que estés muerta y encuentro casi ridículas las viejas cartas que releo (...) sería preciso que estuvieras aquí, amiga mía. Podías hacer

*tanto por mí. ¡Oh! Devuélvanme mi pasado. ¿Es que se ha acabado todo, Zaza, es que sólo quedan estas cartas?. Zaza, mi amiga, mi querida, que te has ido y a quien tanto necesito. Esta tumba con esas flores, esas fotos, y este horrible recuerdo. Y yo, yo vivo. Mañana tendré un vestido malva y estaré con Sartre. Cuánto hemos detestado esta vida, esta vida de las personas mayores que han abdicado. Pero estoy sola sin ti y ni siquiera sé lo que quiero. Quisiera partir; quisiera dejar a Sartre y partir a pasear contigo, sola contigo, para hablar, y amarte, y pasearnos, lejos de aquí, lejos. ¿Caricias, trabajo, placeres, es eso todo?. Oh, mi amiga. ¿Era de tal manera otra cosa, te acuerdas?. No tengo la fuerza de recordarlo sola. Se ha acabado.*⁹

2. El tiempo y la muerte

Estos dos temas, presentes en toda la obra de Beauvoir, aparecen ya claramente expresados en los *Cuadernos*. Ella experimenta con mucha fuerza y bastante rechazo que constantemente el presente se transforma en pasado y que el futuro viene ya devorando el presente. Cada instante es único, pero se va para siempre y no podemos retenerlo. Y junto con esa sensación viene la de la vejez, la idea de que el paso del tiempo implica envejecer constantemente y acercarse a la muerte. A Sylvie Le Bon, que le preguntaba cuándo se había sentido vieja por primera vez, le contesta que a los doce o trece años. Estas angustias, que le provocaban cuando la asaltaban crisis de lágrimas, la persiguieron toda su vida. Así, en las primeras páginas del segundo cuaderno escribe:

No puedo creer que eso no será más. (...) Hay tantas otras cosas que habría querido prolongar. En mis notas del año (se refiere a lo escrito en el primer Cuaderno, el que se perdió) hay sobre todo esta angustia de saber que el minuto

⁹ Ibidem, p. 849.

*vivido iba a desaparecer para siempre. Tengo una especie de remordimiento de ya no llorar por su desaparición; y sin embargo, es el saber que ya no lloraría hoy por lo que lloraba entonces. La vida es una perpetua renovación, he aquí a lo que no podré habituarme.*¹⁰

Sin embargo, tal como lo señala Sylvie Le Bon en su prólogo, frente a esa angustia que le causa la temporalidad, se levanta y refuerza mediante la intensidad, la fidelidad y la totalización. El transcurrir heraclítico del tiempo hace que cada momento sea precioso, lleno de riquezas que hay que vivir en profundidad, que hay que devorar.

*He tomado entre mis manos el día de hoy y el futuro, y de ello he hecho una embriaguez; y de esta embriaguez la gran felicidad ha surgido. Y si es esto lo que llaman felicidad, no hay nada mejor que hacer con la propia vida que el hacerla dichosa. He hecho entrar el cielo rojo, y la atmósfera amarilla translúcida en mi sueño resucitado más bello; y Notre Dame estaba allí toda entera, mi bella hija esculpida que había sido hecha para mí. Esta hora de mi vida, ya no la viviré jamás, me decía; y qué embriaguez tenerla así, única, entre mis dedos. La catedral estaba tan negra que uno no veía las lágrimas sobre los rostros; los vitrales violetas, el sonido del reloj eran un decorado lejano y encantado: maravilla de encontrarme allí, yo. ¿Quién, yo? ¿Dónde, allí? ¿En qué mágico país, a qué hora irreal que ningún reloj podría marcar?.*¹¹

Y unas páginas antes, había escrito: *Esta mañana he absorbido, he hecho mío este cielo azul reflejado por el Sena. Ligereza del aire y del corazón; vida ralentizada, fácil (...).*¹² Esta fidelidad salvadora implica que en la mujer que será perviva la adolescente que fue, y en ésta la niña. Ella pacta consigo misma esa fidelidad y confía en sí misma:

¹⁰ Ibídem. P. 52.

¹¹ Ibídem. P. 200.

¹² Ibídem. P. 198.

*Mi propia fuerza: yo sé que durante toda mi existencia podré contar conmigo misma; que no necesitaré consejos ni energía, sino siempre ese gran poder de retomarme. Este amor y este ardiente interés, este deseo de perfección para mí misma. Se que me seré fiel, que sabré siempre reencontrarme en toda mi integridad en medio de las banalidades necesarias. Camino con confianza hacia ese yo del futuro, que no me traicionará.*¹³

Finalmente, su lucha contra el devenir que nunca se detiene, y arroja todo hacia la nada, culmina con el esfuerzo de totalización. Ella quiere vivir el presente a la vez que mantiene vivo el pasado y se avanza hacia el porvenir.

*La clarividencia ha venido a mí, y el gusto de los análisis minuciosos, al mismo tiempo que disminuía mi poder de salir fuera de mí. La acción me atraía menos; en los libros, me buscaba más, pero lo que era esencialmente lo mismo, creía en el valor místico de todos los momentos del yo. (...) Yo no me abandonaba: dominaba los instantes, exprimía cada acontecimiento para hacer salir de allí una pieza de oro con la que me enriquecería.*¹⁴

Otra expresión de esta necesidad de totalización es su constante elaboración de balances de su empleo del tiempo, su necesidad de programar cada momento de su tiempo minuciosamente, de planificar el futuro. Ahora bien, la verdadera solución a este problema del tiempo y de la muerte es su voluntad de hacer una obra, de entrar en la literatura, de ser una escritora. Constantemente a lo largo de los *Cuadernos* habla de la obra que se propone hacer, y esboza diferentes argumentos de posibles obras al hilo de las páginas.

3. El primo Jacques

¹³ Ibídem. P. 243.

¹⁴ Ibídem. P. 236.

Jacques Charles Champigneulle está presente a lo largo de prácticamente todos los cuadernos. Como su primo hermano, conocía a Simone desde la infancia. Lo que era un amor infantil, se convierte, a los diecisiete años, en lo que ella considera el amor definitivo de su vida, amor que cree compartido, idealizándolo y fabulando constantemente sobre su comportamiento hacia ella. A lo largo de páginas y páginas de los Cuadernos, Beauvoir ama, sufre, es feliz, interpretando a su manera cada frase o gesto de este primo mayor que ella, quien le abre las puertas de la literatura contemporánea, de autores de teatro de vanguardia, que no son los que ella ha estudiado seriamente en sus clases.

Por otra parte, la introduce en el mundo de los bares y también la induce a trabajar por un tiempo en los Equipos Sociales creados por Robert Garric, cuyos cursos de literatura francesa ella seguía, y que había querido, con dichos Equipos, lograr que se aproximasen, cristianamente, jóvenes obreros y estudiantes. Su pasión por su primo, y el imaginario amor de éste hacia ella, concluyen finalmente cuando él le anuncia su matrimonio por razones de interés. ¿Cómo explicar este amor hecho de una mezcla de autoengaño y lucidez pertinaz que corre a lo largo de los Cuadernos hasta tener una presencia obsesiva? Más allá de las interpretaciones facilistas, recurriendo al romanticismo juvenil o a las pasiones adolescentes, lo que escribe Sylvie Le Bon en su Prólogo nos parece lo más acertado:

Construcción imaginaria, pues. Precisamente, mediante este amor soñado ella vive una experiencia imaginaria comparable a aquellas, igualmente imaginarias, que nos hacen vivir la lectura apasionada de ciertas novelas. Experiencias en ciertas condiciones tan concretas, vertiginosas, estructurantes como las experiencias llamadas reales, las que también, por otra parte, están invadidas por

*lo imaginario. Este juego virtual tiene un valor inmenso, sobre todo en la juventud. Mediante la potencia alucinatoria de la proyección imaginaria, Simone multiplica las exploraciones de la condición amorosa. Entonces, ¿qué importa si este amor no es recíproco? “Jacques, soy yo”, dice ella en esencia, y el amor por él es un acelerador de existencia, es una anticipación, es existencia ficción. Ella habrá ya dejado atrás esta vida posible de Mme. Champigneulle, y si ella la elimina es con conocimiento de causa. ¡Cuántos conflictos evitados, cuánto tiempo ganado!*¹⁵

4. Autonomía y orgullo

En 1929 hay en su vida un nuevo comienzo. Aunque por momentos duda de su valor, lo que aparece más veces bajo su pluma es la seguridad de ser fuerte, inteligente, es un orgullo que no puede entenderse como soberbia ni como narcisismo, sino de una manera ontológica, como la tranquilidad y el aplomo que proporciona el saberse un ser único e irrepetible, toda vez que vive y escribe en función de crecer, de hacerse, de superarse y llegar a realizar la gran obra de la que se sabe capaz.

Retorno a Paris. No solamente un nuevo año sino un nuevo ciclo me parece que comienza. (...) Y ahora, heme aquí comprometida en la historia verdadera de mi vida, concluido el aprendizaje que he resumido en el cuaderno verde. Heme aquí, vieja de tres años más, sabiendo exactamente lo que puedo esperar del mundo y de mí, deseosa de vivir, y tan nueva como si no hubiese sufrido jamás, como si no supiera nada. (...) Metafísicamente estoy en el mismo punto que hace unos meses, creyendo en el espíritu, en su valor moral, en su potencia creadora; el universo reposa sobre mi voluntad de amor ayudada por mi inteligencia. Por otra parte, sé

¹⁵ Ibídem. Pp. 30-31.

*que no sé nada, pero que quizás no hay nada que saber sino vivir. (...) Conciencia de toda mi fuerza, confianza en un “genio” que podrá realizarse en una obra, pero el programa para este año es seguirme, enriquecerme aún más, puesto que no tengo el tiempo de producir.*¹⁶

Este orgullo del que hablamos consiste también en saber que existe por ella misma y para sí misma, que nadie puede ayudarla a ser, que esa es su tarea, vivir su libertad.

*Qué gozo austero en esta certidumbre de ser un ser independiente en el sentido más metafísico, que tiene un sentido cualesquiera que sean las contingencias: ocasiones de desplegar su propia actividad, felicidad, pena, opinión y afección al prójimo. En esta concepción absolutamente despojada encuentro el equilibrio, y es allí solamente cuando tengo plena conciencia y plena posesión de mí.*¹⁷

A todo esto, explica Sylvie Le Bon, hay que añadir la extremada coherencia de Beauvoir durante toda su vida, acordando sus actos a su pensamiento. Y sigue la misma Le Bon:

*Sartre no hará lo mismo, al menos no en la esfera privada; entre su pensamiento, de un atrevimiento innovador y revolucionario, y su vida personal, conforme a menudo a los esquemas tradicionales, criticables a sus propios ojos, habrá contradicción.*¹⁸

Y añade, para dejar muy claro el valor de los Cuadernos, que cuando Simone de Beauvoir conoce a Sartre, ya existe ella como ser autónomo que se ha construido a sí mismo, y ya denominada el Castor, por su amigo René Maheu. En ese momento, los pilares sobre los que construirá su vida están ya colocados y sus metas definidas.

Ella está ferozmente decidida a tener su vida entre sus manos. Esta victoria no la debe sino a sí misma, a nadie más, ella no la debe, evidentemente, a Sartre. Si

¹⁶ Ibídem. Pp. 463-464.

¹⁷ Ibídem. P. 48.

¹⁸ Ibídem. P. 33.

*todavía fuese necesario probar que Simone de Beauvoir no debe a Sartre sus elecciones de vida y de pensamiento fundamentales ni la columna vertebral de su ser ni su vocación de escritora, los Cuadernos de Juventud lo probarían.*¹⁹

Sobre todo, teniendo en cuenta que estos *Cuadernos*, mucho menos cuando fueron escritos, no estaban pensados para ser publicados. Precisamente, subraya Le Bon, es justamente porque ella había devenido ya Simone de Beauvoir antes de conocer a Sartre que pudo darse entre ellos este mutuo reconocimiento. Y concluye esta idea diciendo: *No es porque haya escogido a Sartre que ella devino Simone de Beauvoir, es porque había devenido Simone de Beauvoir que ella eligió a Sartre.*²⁰

5. Ateísmo y misticismo

Simone de Beauvoir perdió la fe, según ella misma lo dice, en su adolescencia temprana. Pero no por ello deja de experimentar un deseo de absoluto, de infinito, de eternidad. A lo largo de los *Cuadernos*, se aprecia que durante mucho tiempo en esa época, se plantea el problema de creer o, por el contrario, vivir sin fe, sobre todo porque mantenía contacto con círculos de amigos y amigas que eran creyentes y practicantes de la religión, como es el caso de Zaza, o de Merleau Ponty, que la decepciona cuando retorna al catolicismo después de un retiro en Solesmes. Por otra parte, muchos de los autores o publicaciones que leía en aquella época eran católicos, particularmente los que escribían en la revista *Esprit*,²¹ citada por ella con frecuencia. Incluso en algún momento, en escasas líneas, piensa en que podría, si tuviese fe, compartir la vida de uno de los jóvenes que escribían en *Esprit*, que era su compañero de estudios.

¹⁹ *Ibíd.* P. 34.

²⁰ *Ibíd.* P. 33.

²¹ *Esprit*, revista fundada en 1932, por Emmanuel Mounier, que expresaba originalmente su postura filosófica personalista.

Esta revista tiene sobre mí una seria influencia. ¿Por qué? Porque conozco a uno de sus redactores,²² es decir que he tocado en un ser humano la fe que estas páginas expresan. Yo sé que algunos seres viven eso. (...) Esto me irrita y me hace infeliz, sufro de un malestar cada vez que me siento inexpressada en una de mis partes, o veo qué posibles no realizo.²³ Aquí estos posibles están tan próximos que mis límites devienen una prisión... Este joven, sé que es tal, que de él a mí un amor habría podido brotar... Imagino muy bien lo que eso hubiera sido... Esta vida interior habría podido, podría ser la mía: fe, ardor, búsqueda de la verdad. Ellas hacen para mí viviente la filosofía.²⁴

A consecuencia de discusiones con Merleau Ponty sobre el tema religioso se pone a escribir sobre las diferencias entre fe y razón, considerando que con ninguna de ellas se puede alcanzar la verdad, pues en ambos casos la fundamentación se realiza desde adentro de la razón, *estamos encerrados en la razón y no podemos juzgar la razón sino con ella: círculo vicioso*²⁵ o desde el interior mismo de la religión y con pasión:

Las personas inteligentes que son católicas... sí, pero ¿piensan sin pasión? Por definición no, puesto que invocan la gracia (...) no dudan del catolicismo, no lo fundan en razón sino en el interior del catolicismo. La sola razón no puede conducir al catolicismo: hace falta la gracia.²⁶

A este respecto afirma estar cercana a la postura kantiana y bergsoniana: *Separar la razón del noumeno con Kant y Bergson, mientras que ustedes admiten que la razón*

²² Charles- Henri Barbier.

²³ Nótese este concepto de posibilidad, tan clave en el existencialismo. Por lo que hemos leído, no parece que ella haya leído a Kierkegaard en esa época.

²⁴ *Ibíd.* P. 296.

²⁵ *Ibíd.* P. 376.

²⁶ *Ibíd.*

*puede captar al noumeno.*²⁷ Y concluye con esa tremenda capacidad de comprenderlo todo:

*Sírvanse de la razón, desembocarán en residuos e irracionales. Pero justamente en la religión hay una mística. Acto de fe: desconfianza en la razón. Si soy lógica conmigo misma debo admitirlo. He comprendido el acto de fe, al menos durante el relámpago de un minuto.*²⁸

Sin embargo, estas reflexiones, que reaparecen como hemos dicho a lo largo de los *Cuadernos*, acaban dejando su lugar a su posición definitiva, que implicaba aceptar la vida sin consuelos ni apoyos externos, la vida en toda su dureza, y vivirla hasta agotarla.

*La señorita Mercier trata de convertirme: ella me habla del Abate Beaussard que querría verme y pienso en las palabras de G. Lévy “será tentada por ese lado”; es cierto. Esta mañana durante esa vana carrera hacia Saint Cloud, he deseado apasionadamente ser la joven que comulga en las misas matutinas y que camina en unas certidumbres serenas. ¡Catolicismo de Mauriac, de Claudel del cual Jacques no ha perdido el gusto, cómo me ha marcado y qué lugar hay en mí para él! Y sin embargo sé que no lo conoceré más; yo no deseo creer: un acto de fe es más desesperado de los actos y quiero que mi desesperación guarde al menos su lucidez. No quiero mentirme a mí misma.*²⁹

Como bien lo señala Sylvie Le Bon, es su deseo de alcanzar lo absoluto lo que la lleva, dada su educación y sus condicionamientos, a hipostasiarlo en Dios, pero sólo brevemente, durante momentos en que dialoga con otros o consigo misma buscando una respuesta que, como hemos visto, asume con lucidez. *No quiero mentirme a mí misma.* En definitiva es en la escritura, en la literatura, en la elaboración de su obra, en donde ella encontrará el absoluto que busca.

²⁷ Ibídem. P.

²⁸ Ibídem. Pp. 376-377.

²⁹ Ibídem. P. 367.

6. Encuentro con Sartre

La joven Beauvoir buscaba su igual, alguien a quien admirar, alguien que la comprendiese y la aceptase plenamente. A una persona así quería entregarle su amor. Porque ella soñaba con el gran amor, como cualquier joven de su edad, pero tenía una idea bastante precisa de lo que ese amor debía ser:

*(...) no comprendo el amor sin amistad, desagradable, que se queda demasiado fuera de la vida. Me parece que ante el amor todo lo demás no debe desaparecer sino simplemente teñirse de nuevos matices; quisiera un amor que me acompañe en la vida, no que absorba toda mi vida.*³⁰

Este pasaje lo escribe a los 18 años. Y analizando diferentes tipos de amor, añade unas páginas después:

*Hay el amor por un ser de valor aproximadamente igual al vuestro, y éste es el más difícil, quizás el más fecundo. No es una subordinación y deja a aquel que ama el cuidado de elegir sus propias direcciones, de llevar una vida intelectualmente independiente.*³¹

Estas ideas y otras muchas sobre el amor, se volverán a encontrar ya plenamente conceptualizadas en muchas páginas de *El Segundo Sexo*³², publicado veintitrés años después de que esto haya sido escrito.

En los dos últimos de los siete cuadernos la joven Beauvoir va saliendo del imperio que sobre ella ejerce su primo Jacques, que aunque forjado por su corazón e imaginario, no por ello es menos real para ella, que divaga como cualquiera de su edad

³⁰ Ibídem. P. 63.

³¹ Ibídem. P. 70.

³² *El segundo sexo*, VS I y II, Editorial Losada, Buenos Aires, 1970.

sobre el futuro. En el plano de la vida a dos, este futuro se le presenta muchas veces como vida matrimonial con Jacques, a cuyo lado imagina una vida feliz, serena, él trabajando en la empresa familiar de vitrales y ella en su estudio, realizando su obra de escritora. Todavía en septiembre de 1929, aún después de haber conocido el amor físico con Sartre y de sentirse segura de su amor por él, escribe:

*(...) yo estoy allí, simplemente, él está allí, nada más. Y soy feliz. Dulzura de amar todo aquí, de reconocer el amor de los vitrales, la casa, y de escucharlo hablar de los arreglos que va a hacer. Yo me decía: vivir aquí. Él en la oficina, yo, allá arriba, trabajando para mí, escribiendo mis libros. Vida de tiempo libre y de confort. ¡Y qué! Él es rico y lo amo. Los pequeños camaradas eran agradables visitantes. Mi vida estaba allí. Y después, una hora en la galería. Lo reconocí demasiado, lo he mirado con demasiada severidad; he apreciado su encanto, pero también sus límites; estaba ante él como una extraña. (...) pero ya no te amo más, no te amo más. Tú no puedes comprender; tú no pones la vida donde yo la encuentro; tú amas cosas como yo; eres poeta, artista, pero no es eso lo que yo necesito. (...) Me ahogo a tu lado; yo no soy yo, soy inútil. Y Maheu puede haberme dicho que me case, y la casa puede haberme tentado un momento, y la seguridad de un nombre, de una fortuna, jamás.*³³

Y más abajo, en la misma página escribe: *Yo siempre he amado lo que me abría puertas- tú me has abierto la primera puerta, ahora no puedes sino cerrar sobre mí una existencia confortable, no. Por otra parte, es simple, amo a Sartre. ¡Ah! ¡Qué de puertas abre él!*³⁴

En julio de 1929 aparece Sartre en su vida, presentado por Maheu, su otro gran amor platónico. Con ellos y con Nizan, a quienes ella llama los pequeños camaradas, va

³³ Ibídem. P. 776. Subrayado por la autora.

³⁴ Ibídem. P.

a preparar los exámenes de la Agregación, en los cuales Sartre será primero y ella segunda, por una diferencia de pocos puntos.³⁵ Durante ese tiempo, y a instancias de Maheu, de quien se siente enamorada, y que no deja de expresar en toda ocasión sus “derechos” sobre ella, conoce una vida de mayor libertad y aún mayor amplitud de miras que la que ella ya se había trazado. Maheu, a quien llama el Lama pese a estar casado y rechazar la infidelidad tanto por respeto a su esposa como a Beauvoir (a quien, como sabemos, ha “rebautizado” Castor), no deja de expresarle sus sentimientos, siempre dentro de ciertos límites, que no por ello dejan de confundirla y de sumirla ora en el gozo, ora en el sufrimiento de un sentimiento que no podrá consumarse, porque él no se divorciaría jamás, y porque finalmente ella decide y siente que quien de verdad le interesa y colma todas sus expectativas es Sartre.

Mi admiración por los otros es más o menos cosa decidida, poesía; sólo Sartre me ha dado la libertad de una sinceridad absolutamente entera, de una simplicidad que no trata de construir nada. Ahora, gracias a ello, he comprendido a mi príncipe de los Lamas. ¡Y bien!, no, no lo estimo mucho, y conservo la impresión penosa que me había dado hablando de su mujer, del mundo, de la sociedad, sensualidad, arribismo, un poco de vanidad, puerilidad, y falta de generosidad. Moralmente no lo aprecio. Intelectualmente, no me basta: no se interesa en suficientes cosas, no comprende suficientemente rápido, no domina todas las cuestiones. (...) y esta clara y pura sequedad de su espíritu es para mí un poco asfixiante. Viendo todo eso, pensaba en Sartre, en la forma tan parecida a la mía en que las cosas existen o no existen para él, sus relaciones con las mujeres, con

³⁵ No se debe olvidar, sin embargo, que era la segunda vez que Sartre se presentaba al examen de la Agregación.

*el mundo, su cultura, su pasión por las ideas, todo eso por el contrario lo admiro, lo estimo sin reserva, lo veo netamente, lo coloco a una altura extraordinaria.*³⁶

Y haciendo, como acostumbra al comienzo del nuevo año escolar, el balance del año transcurrido, escribe a mediados de septiembre de 1929:

*Julio- agosto-septiembre. Sartre. El mundo acaba de abrirse. Aprendo lo que es un destino de mujer y que es éste el que yo quiero. Aprendo lo que es pensar, lo que es un gran hombre, lo que es el universo. Me libero de todos los viejos prejuicios religiosos, morales, y falsos instintos. Aprendo la sinceridad entera, la libertad de pensar y de vivir su pensamiento con su espíritu, su corazón, su cuerpo. Inmensas revelaciones, sin transtornar, porque todo estaba preparado. Consumación del pasado, apertura a un porvenir diferente a estos cuatro últimos años. (...) y diez días en La Grillère³⁷ donde acabo de conocerlo y amarlo. Y la promesa de un fuerte amor, de una amistad de siempre.*³⁸

En estos análisis y reflexiones sobre sí misma, sus aspiraciones y sentimientos (sorprendentes en su detalle, finura y acuidad), y particularmente en los que se va revelando cómo surge su amor por Sartre, nos atrevemos a decir que se encuentra la clave de su permanencia al lado de este hombre que, por otra parte, la hizo sufrir bastante al negarse a cualquier compromiso que no fuese su amor necesario al lado de los otros que ambos tendrían, que fueron siempre, aunque no sin dificultad, a veces, llamados por él, contingentes. Y aquí coincidimos con los análisis que al respecto hace Sylvie Le Bon en el Prólogo a los *Cuadernos*. Para ella está claro que si bien ambos están de acuerdo en lanzarse a esta aventura, no parten en igualdad de condiciones. *Porque ella es mujer, el coeficiente de adversidad de las cosas está multiplicado por su*

³⁶ *Ibíd.* P. 762.

³⁷ Propiedad familiar donde la familia de Simone de Beauvoir pasaba sus vacaciones.

³⁸ *Ibíd.* P. 767.

*lado, y lo excepcional comporta un peso de riesgos que Sartre ni siquiera sospecha.*³⁹ Y por el hecho de que Beauvoir es amante de correr riesgos, dado su valor y su orgullo, no debe minimizarse la importancia de estos riesgos, ya que en aquella época al rechazar el matrimonio ella se expone de una manera enorme. Pero además, dadas las condiciones del pacto que le propone Sartre (una relación de dos años, al cabo de los cuales él se iría al Japón), ella acepta, en palabras de Le Bon, *en el seno de la dicha la precariedad, la inseguridad, un porvenir quizás de nuevo solitario.*⁴⁰

Ella no puede saber, en ese momento en que lo arriesga todo, que esos dos años se convertirán en una relación de cincuenta años, de toda una vida. Sin la lectura de estos *Cuadernos*, no podríamos comprender por qué ella estaba preparada para vivir esta aventura. Sartre, en cambio, no corría prácticamente ningún riesgo, dado su estatus como varón y la cantidad de roles sociales aceptables para él. No es él sino ella la que apuesta fuerte en este juego. Además, Sartre es, según sus palabras, una especie de “pez frío” al cual:

*una distancia interior infranqueable separa de él sus sentimientos. Si bien es sensible, no puede apasionarse, afligido de una especie de mutilación afectiva, de frigidez pasional, por la cual es más digno de compasión que de censura, pero que de hecho le facilita las cosas.*⁴¹

Asegura Le Bon: Beauvoir, en cambio, es totalmente diferente en este sentido, lejos de tal ataraxia. Ella es, como hemos visto, emotiva, apasionada, vulnerable y excesiva.

Desde el comienzo de su relación ella analiza lúcidamente la diferencia que en el seno de su gemelaridad la opone a Sartre. Diferencia que no pone en cuestión su proximidad. Pero que hay que admitir y afrontar el esfuerzo sobre sí misma

³⁹ *Ibíd.* P. 34.

⁴⁰ *Ibíd.*

⁴¹ *Ibíd.* P. 35.

*que no puede sino asignársele a ella, sostenido, ciertamente, por la inmensa confianza que tiene en Sartre.*⁴²

Y con respecto a todo esto, la joven Simone, cuando decide unirse a Sartre, mediante la unión “morganática”⁴³ que ambos se inventan, está muy clara en cuanto a los riesgos que corre, puesto que pone en juego la autonomía que ha conquistado a lo largo de los cuatro años que ha durado la escritura de los *Cuadernos*. Y así escribe en septiembre de 1929:

*No tengo miedo del porvenir, tengo una confianza total en Sartre; él jamás me hará daño, más allá de lo que será absolutamente necesario, y yo me las arreglaré también. No lamento nada de lo que dejo detrás de mí, de esta adolescencia, de esta querida casa; creo por el contrario que este bello sueño en el que he vivido durante tres años no puede conservar su pureza sino de esta forma. Sólo tengo miedo de ese Jacques que conozco mal y que no se cómo sufre, ni si va a sufrir. Tengo un poco de miedo, sin ser trágica. Cielo azul. Biblioteca Nacional, Stendhal, café helado, Tullerías. Atardecer placentero y tierno. Amor inmenso por Sartre.*⁴⁴

Unas páginas más adelante escribe de nuevo, analizando la duplicidad de sus sentimientos, pero decidiéndose por Sartre:

Todo se juega entre Sartre y Jacques; éste que me arranca el corazón como yo lo había previsto, aquel a quien necesito tanto y que estimo y admiro. (...) os amo a ambos, y quisiera ser de cada uno, sola; y toda a él. ¿Qué será de mi vida? (...) No es divertido amar a dos hombres, y tan apasionadamente a cada uno. Soy una niña desdichada esta noche. Y sin embargo no quisiera que nada de esto hubiese

⁴² Ibídem.

⁴³ Beauvoir habla de esto en el segundo volumen de sus Memorias: DE BEAUVOIR, Simone. *La force de l'âge, I*. Editions Gallimard, Paris, 1976. Véase p. 25 y siguientes.

⁴⁴ Ibídem. Pp. 779-780.

dejado de ocurrir... “Cómo nos hemos encontrado fácilmente. Eso nos era ciertamente debido”. ¿Mi deseo? ¡Oh! Amarlo, porque lo merece, y ser de él...⁴⁵

Ella elige pues a Sartre, como lo hará siempre a lo largo de su vida aunque haya otros amores apasionados, y más arrolladores que lo que en esas etapas más maduras de su vida representa la relación con Sartre, como es el caso de su relación con Nelson Algren, que le propone matrimonio y cuyo anillo ella portará hasta su muerte.

Pero ningún otro hombre le proporciona lo que ella encuentra en Sartre; ciertamente, ella lo admira, no se cansa de decirlo, pero es que además él la comprende, la apoya, la anima y estimula en el camino de la escritura que ella ha elegido desde muy joven, como prueban al filo de las páginas los *Cuadernos*, donde desde muy temprano, casi desde las primeras páginas, ella esboza argumentos para las obras que se propone escribir. Y es esta fe en su vocación de escritora lo que la une más fuertemente a Sartre. Con una diferencia entre ambos que muy acertadamente señala Syylvie Le Bon:

La singularidad de Simone de Beauvoir, sin embargo, con relación a Sartre, es que dividida entre dos postulaciones contrarias, escribir y existir, ella no quiso sacrificar ni la una ni la otra. Las dos valen para ella absolutamente: la dicha de existir y la necesidad de escribir, por una parte el esplendor contingente, por la otra, el rigor salvador. Hacer de su existencia el objeto de su escritura le permitirá, en parte, salir del dilema (...) apuntando a lo universal la novelista se transforma en ensayista, en filósofa, y para Simone de Beauvoir no hay por qué elegir entre estos dos modos de expresión ni preferir el uno al otro. Literatura y filosofía no se oponen, se completan, y tan pronto ella sentirá la necesidad de la una como de la otra.⁴⁶

⁴⁵ Ibídem. P. 783.

⁴⁶ Ibídem. Pp. 37-38.

Conclusión

Es interesante constatar que la redacción de estos Cuadernos se detiene justo en el momento en que una gran transformación, incluso una gran crisis, se cierne sobre la joven Beauvoir. Después de tanto haber pedido, esperado y construido un camino hacia la felicidad, cuando ha aprendido a ser autónoma, cuando se ve colmada por el amor, y por el amor de alguien a quien siente realmente como su gemelo, experimenta una crisis que tiene varias aristas. Por una parte, se le dificulta escribir, de repente se siente perezosa y con ganas de dejarse llevar por la felicidad y no hacer más esfuerzos. Por otra parte, al entrar en el mundo de los que ella llama los “pequeños camaradas”, Maheu, Sartre y Nizan, se siente confrontada a personas más preparadas que ella, y su autoestima sufre un golpe.

El despertar de su cuerpo a la sexualidad le angustia también al sentirse sin defensa ante esta fuerza de lo natural que la desborda, cuando ella quiere tener siempre todo bajo control. Por último, le aterra que al amar a Sartre y entregarse a la aventura de vivir con él pierda su autonomía, se convierta en un apéndice del otro, como le ocurre a muchas parejas en las cuales uno de ellos existe por y para sí mismo y el otro vive a través de él. Y aunque esto, ciertamente puede ocurrirle tanto a una mujer como a un varón, tal como afirma Le Bon, dados los condicionamientos recibidos, las mujeres suelen ser en mayor número las que existen por procuración a través del hombre al amar. Es ese justamente uno de los puntos de contradicción con los que se debate la joven Beauvoir en aquel momento que su lucidez y honestidad le impiden eludir.

¡Oh! Cualquiera que sea el futuro, estas horas, apretada contra su corazón y repitiendo “lo amo”, “cuán felices somos”, ¡ah! esta voz desconocida que él tenía en el camino regresando, este rostro transformado al dejarme, y mi impulso hacia

*él. Y después su marcha, y a pesar de todo, corriendo en la noche, una especie de alegría, como de una gran liberación después de estas horas de un abandono demasiado dulce. Y muy temprano, al día siguiente el gozo de estar sola, únicamente mía, libre, fuerte.*⁴⁷

Y reflexionando sobre su amor por Jacques y su amor por Sartre, escribe:

*No dudo entre dos amores. Dudo ante el amor. Tengo miedo. Siempre he tenido miedo. (...) Hay en mí un deseo desenfrenado de libertad, de aventura, de historias, de viajes, de otras almas; un deseo de mantener todas las puertas abiertas, de darme a todo, un rechazo de todo lazo, un temor al matrimonio, que siento lo más alejado de mí.*⁴⁸

Y ya decidida escribe:

*Pero soy feliz, feliz de no tener ninguna reserva al abordarlo, y de esperarlo sin temor. Soy la única dueña de mí, de modo que soy libre de darme a él, espíritu, corazón, cuerpo. Este don se lo hacía de todas formas, pero me era vagamente doloroso, porque el descontento de Jacques que yo habría sabido injusto, me habría sido penoso. Ahora será muy felizmente como me dejaré amar ante todo, y de todas las formas.*⁴⁹

Y así continúan los análisis de sus sentimientos y sus proyectos de vida al final de los *Cuadernos* que se cierran, como hemos visto, en torno a la muerte de Zaza y a todos los contradictorios pormenores del comienzo de su relación con Sartre, de modo que no puede decirse que esta relación, que va a durar toda la vida, con su estatuto tan diferente de una relación tradicional, no haya sido sopesada y definitivamente elegida con conocimiento de causa. Así, el 3 de Noviembre de 1929, escribe:

⁴⁷ *Ibíd.* P. 757.

⁴⁸ *Ibíd.* P. 785.

⁴⁹ *Ibíd.* P. 792.

*Estoy feliz. Siento más claramente que nunca toda la fuerza que exige un amor tal, la falta de seguridad, las amenazas. Siento cómo una promesa definitiva cómo el matrimonio comporta un reposo, una dulzura, un gozo sin temor, pero siento que esto es mucho más bello, y que no tiene ninguna importancia sufrir las noches en que uno es débil, que no dejaría mi lugar por todo el oro del mundo. Estoy encantada de mí, y lo amo.*⁵⁰

Después de leer no sólo estas líneas, sino todo el texto de los *Cuadernos*, se comprende aún mejor, en cuanto esto es posible con respecto a una vida humana, la trayectoria vital de Simone de Beauvoir y el conjunto de su obra. Y se aprecia aún más su capacidad como filósofa, su talento literario y su capacidad para la acción, que se puso particularmente de manifiesto a partir de su participación en el renacimiento del movimiento feminista en los años sesenta del siglo pasado. Pero sobre todo se aprecia su lucidez, y esa necesidad que sentía de hacer de su vida una obra que además estaba siempre dispuesta a contar, al menos en sus aspectos fundamentales, aunque sin revelar completamente su intimidad. Tanto ella como Sartre estaban conscientes de que era importante ser lo más transparente posible, pero que en su tiempo, y ello aún es cierto, nadie podía ser totalmente transparente, so pena de correr un peligro innecesario.⁵¹

Sin embargo, Simone de Beauvoir lo corrió casi hasta la exageración, tal pareciera que en su ansia por autoanalizarse tuviese también la necesidad o el deseo irreprímible, y nos referimos sobre todo a su autobiografía, de mostrarse, y a través de ello de comunicar con sus lectores que en buena medida eran lectoras. Ella se mostró siempre, más allá de estos *Cuadernos* que no estaban destinados a la publicación, con sus luces y sus sombras, con sus debilidades y fortalezas, con sus contradicciones, pero sobre todo

⁵⁰Ibidem. P. 817. Véase también : DE BEAUVOIR, Simone. *Memories d'une jeune fille rangée*, Editions Gallimard, Paris, 1958. Último párrafo de la página 343 que continúa en la página siguiente.

⁵¹SARTRE, Jean Paul. *Polithique et Autobiographie*, Situations X. Editions Gallimard, Paris, 1976. Véase p. 141 y siguientes.

con sus ansias de vivir y comprender lo vivido, tejiendo la obra de su existencia al filo de la escritura. Y sobre todo fue auténtica, conservando de alguna manera un sentido de la moral que había recibido de su educación, y que ella supo reelaborar, indicando así a sus lectoras y lectores el camino de la autonomía y de la libertad. No se puede negar, por último, que además de trazarlo en su obra más conocida, *El Segundo Sexo*, señaló a las mujeres de su tiempo, e incluso del nuestro, con su vida, un camino a seguir.